

ASCENDENCIA Y RACIONALIDAD DE LOS PUEBLOS
AMERINDIOS: DOS PROPÓSITOS DEL TRABAJO FILOLÓGICO
DE FRAY MANUEL CRISÓSTOMO NÁXERA (1803-1853)

BÁRBARA CIFUENTES

Introducción

La trascendencia del trabajo filológico de Manuel Crisóstomo Náxera fue ampliamente reconocida por sus contemporáneos y las corporaciones científicas del siglo XIX como lo ha sido por los estudios actuales. Las constantes reediciones de sus obras sobre las lenguas othomí y tarasca y el hecho de que éstas fueran tomadas como antecedentes obligados de los estudios lingüísticos y etnográficos posteriores son pruebas fehacientes de tales distinciones.¹ Más recientemente, los especialistas han registrado el papel protagónico de Náxera al considerarlo el primer lingüista mexicano que, alejándose del paradigma gramatical latino, utilizó los procedimientos de la filología comparativa. Por tales motivos, al reconstruir la trayectoria de la disciplina en nuestro país, toman a Crisóstomo Náxera como el representante del viraje decisivo en la práctica lingüística, que a partir de este momento puede llevar los adjetivos de científica y moderna.²

En efecto, la obra de Náxera participó plenamente de la dirección de los estudios comparativos inaugurada en el siglo XIX, cuya científicidad estuvo fundamentada en tres supuestos: 1) perseguía un objetivo de conocimiento desinteresado, a diferencia de la finalidad utilitarista del trabajo misionero; 2) trataba de constituir la representación de los fenómenos lingüísticos, diferenciándolos de aquellos de carácter lógico y retórico, y 3) intentaba que el trabajo lingüístico no ejerciera ninguna acción sobre los

¹ Dos extensas biografías las presentan: Lucas Alamán y Francisco Lerdo de Tejada, *Noticia de la vida y escritos del reverendo padre Fray Manuel Crisóstomo de apellido Nájera* (1854), y Francisco Sosa, *Biografías de Mexicanos Distinguidos* (1985).

² Cf. Ignacio Guzmán, "Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Náxera (1803-1853), primer lingüista mexicano", (1990).

mismos fenómenos, tal y como eran los propósitos de las gramáticas que favorecían abiertamente una línea prescriptiva.³

Si bien reconocemos que Nájera comparte estas expectativas, hace falta, sin embargo, una interpretación de su obra que considere dos ámbitos que desde nuestro punto de vista son cruciales: uno estrictamente lingüístico y otro que compete a la política lingüística del período. El primero de ellos consiste en una evaluación del análisis que nuestro autor hizo sobre la lengua othomí a la luz de las ideas lingüísticas que circulaban en el ambiente de las sociedades científicas —europeas y americanas— durante la primera mitad del siglo XIX. Nos interesa, particularmente, las conclusiones iniciales en torno a la diversidad de las lenguas americanas y los efectos de la propuesta de Nájera. El segundo ámbito en el que colocaremos el trabajo de nuestro autor está delimitado por su pertinencia en la estrategia, continental y nacional, para la defensa de *lo americano*; defensa que enfrentaba la desprestigiada imagen que al respecto se plasmó en la literatura etnográfica del Siglo de las Luces en el Viejo Continente, así como en los primeros resultados de la filología comparativa.⁴ En esta confrontación, los resultados de los estudios lingüísticos fueron de suma importancia para reivindicar y demostrar la igualdad en la naturaleza y la diversidad de circunstancias de los hombres americanos.⁵

Las ideas sobre las lenguas del Nuevo Continente

Podemos señalar que el trabajo de Nájera participa en la etapa inicial del proceso de institucionalización de la disciplina lingüística;⁶ actividad que se desarrollaba paulatinamente en el seno de las sociedades

³ Esta caracterización del trabajo lingüístico decimonónico, inaugurado por Bopp, nos la ofrece Sylvain Auroux (1992: p. 7 y 8).

⁴ Aun la defensa del buen salvaje hecha por J. J. Rosseau, presente en su *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, daba como conclusión última que el primitivo no necesita hablar y, en consecuencia, adquiere su dignidad al alto precio que representa el silencio. Por otra parte, J. Ch. Adelung (1806) había hecho una bipartición de las lenguas con base en el número de sílabas contenidas en la palabra —monosilábicas o primitivas y polisilábicas o desarrolladas— e interpretó esta división a la luz de una peculiar concepción sobre el lenguaje humano en la que el monosilabismo representaba un estado incipiente en la formación del lenguaje y de la razón. En la etapa monosilábica aún no estaban claros los conceptos, por lo que las palabras en las lenguas monosilábicas eran en realidad raíces, ya que, con ellas, no se designaban relaciones ni ideas accesorias. Citado por Eugenio Cosseriu (1977, 149-150).

⁵ Cf. Las características de este conflicto las plantea Edmundo O'Gorman, *Meditaciones sobre el criollismo*. México, 1970.

⁶ Cf. Dell Hymes (1974). Este autor hace notar la dificultad de utilizar el término de "paradigma" para caracterizar la diversidad de trabajos lingüísticos que se desarrollaron a lo

científicas y literarias mexicanas. Los trabajos más acabados fueron producto de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1833),⁷ corporación que a lo largo de medio siglo estableció cuatro comisiones destinadas al estudio de las lenguas indígenas.⁸ Sin embargo, no podemos pasar por alto los objetivos de la primera Academia de la Lengua Mexicana (1835), corporación totalmente independiente de la Academia Real Española, que contempló como uno de sus propósitos la investigación sobre lenguas amerindias y para tal efecto determinó que dos de sus ocho atribuciones consistían en:

Formar gramáticas y diccionarios de las diferentes lenguas que se hablan en toda la República.

Acopiar materiales que sirvan para la formación de un atlas de la etnografía de la República, en la parte perteneciente a idiomas.⁹

Como consecuencia de la suspensión de labores de esta Academia, el amplio programa quedó solamente en el papel, pero sus miembros se incorporaron a las actividades de otras sociedades que desarrollaban sus labores con relativa mejor fortuna.

Al establecerse la Academia de la Lengua, su presidente, José Gómez de la Cortina, desempeñaba ya el cargo de presidente del S.M.G.E. y también participaba, junto con Andrés Quintana Roo, Guillermo Prieto y José María Lacunza, en la Academia de San Juan de Letrán (1836-1856). Junto con otros intelectuales, como don Ángel Calderón de la Barca, estos literatos crearon, en 1840, el Ateneo Literario: con la idea de reunir "todas las ciencias y todos los talentos", crearon distintas secciones e impartieron clases gratuitas de cada especialidad.¹⁰ Otros miembros de la Academia de la Lengua, como Lucas Alamán e Isidro Gondra, habían reemprendido, en 1825, las actividades del Museo de Antigüedades e Historia

largo del siglo XIX, tanto en América como en Europa. Propone que el evento más decisivo de la época fue la institucionalización de la disciplina: la aparición de autoridades e interlocutores en espacios definidos.

⁷ Esta Sociedad se llamó Instituto Nacional de Geografía y Estadística al iniciar sus actividades en 1833, cambiándolo al de Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1839.

⁸ Estas comisiones fueron: "Diccionario Geográfico de México" (1839) a cargo de Joseph Aubin; "Dialectos e Idiomas aborígenes", a cargo de José Guadalupe Romero; "Idiomas del país, lugares donde se hablan y número de los habitantes que las usan" (1861) a cargo de Manuel Orozco y Berra; e "Idiomas del país en la parte lingüística" (1861), a cargo de Francisco Pimentel.

⁹ Manuel Dublán y José Ma. Lozano, "Circular de la Secretaría de Relaciones. Creación de la Academia de la Lengua", marzo 22 de 1835, en *Legislación Mexicana: colección completa de las legislaciones desde la independencia de la República*, 1876, vol. 3, p. 35.

¹⁰ Cf. *Diccionario Porrúa*, 1986.

Natural; en 1825, Lucas Alamán se había dado a la tarea de organizar el Archivo General de la Nación.

Nos parece importante mencionar estos esfuerzos individuales y colectivos porque en el momento en que Crisóstomo Náxera presentó su *Disertación sobre la lengua othomí*, en el marco de la Sociedad Filosófica de Filadelfia en 1837,¹¹ hizo público su desacuerdo con quienes indiscriminadamente habían calificado de ignorantes de los propósitos y métodos de la filología moderna a los intelectuales mexicanos. Náxera hizo una defensa de la situación del país, en la cual reconoció que, a pesar de las magras condiciones económicas y de la difícil vida política, en las corporaciones literarias mexicanas existía un profundo interés por conocer las lenguas amerindias y que ya se había iniciado el acopio de las fuentes necesarias para tal efecto.

Con el mismo entusiasmo expresado por Francisco Xavier Clavijero en el siglo XVIII y que estaba plasmado en su *Cátalogo de Obras Impresas en Lengua Indígena*,¹² Crisóstomo Náxera hizo público su deseo de iniciar la elaboración de un catálogo completo de las lenguas del país: sabía que esta tarea era el antecedente necesario de un trabajo que tuviera como objetivo la clasificación de las lenguas. Prueba de ello es la utilización que hace Náxera del neologismo *lingüística*, que desde la publicación del *Mithridates* (1806-1817) y del *Atlas Ethnographique du Globe* (1826), refería a un novedoso planteamiento analítico con propósitos bien establecidos: reconstruir el parentesco y la historia de las lenguas por ellas mismas, haciendo uso para tal fin los acervos textuales existentes.¹³ En consecuencia, Náxera exhortó a sus contemporáneos a recuperar y enriquecer la importante información biográfica y literaria contenida en las bibliotecas de Eguiara y Beristáin, León Pinelo, Fray Juan de San Antonio, y de Quétif y Echard.¹⁴

Las opiniones de Náxera nos permiten suponer que, a pesar de la suspensión de labores de la Academia de la Lengua y, por lo tanto, la suspensión del proyecto del *Atlas lingüístico*, las labores de

¹¹ Manuel Crisóstomo Náxera, *Disertación sobre la lengua othomi. Leída en Latín en la Sociedad Filosófica de Filadelfia y publicada de su orden en el tomo 5 de la nueva serie de sus actas; traducida al castellano por su autor, individuo de varias Sociedades Literarias. Publícase por orden del presidente de la República*. México, Imprenta del Aguila, 1845.

¹² Francisco Xavier Clavijero, 1987, 555-557.

¹³ Cfr. Sylvain Auroux 1987: p. 452, quien propone que la difusión del término lingüística, luego del primer cuarto de siglo, remitía, sobre todo, a los trabajos comparativos que habían logrado reunir información sobre un gran número de lenguas, procedentes de los lugares más distantes. Con base en un procedimiento inductivo, las nuevas investigaciones intentaban reconstruir "la gramática general".

¹⁴ Cf. Náxera, *op. cit.*, p. v-vii.

recolección de materiales, tanto de tipo religiosos como de artes y gramáticas en lenguas indígenas, siempre estuvieron en la mente de los historiadores y bibliógrafos. Esta idea de acopio había sido común y compartida por las corporaciones científicas americanas. Al crear la Sociedad Científica de Filadelfia, Thomas Jefferson (1874) había animado a las agencias y a las universidades a investigar el origen de las lenguas americanas a través de métodos históricos:

Hay vocabularios formados en todas las lenguas habladas en Norte y Sudamérica, que preservan las apelaciones de los objetos más comunes de la naturaleza, con las inflexiones de sus nombres y sus verbos, con sus principios de régimen y concordancia, y están depositados en todas las bibliotecas públicas. Estos vocabularios pueden suministrar oportunidades a aquellos expertos en el lenguaje, incluyendo a los del Viejo Continente, de compararlos con los suyos, ahora o en cualquier tiempo futuro.¹⁵

Fue en estas corporaciones donde se produjeron los primeros diagnósticos sobre la diversidad lingüística —geográfica, histórica y tipológica—. En nuestro país, los trabajos más acabados y exhaustivos, que salieron a luz hasta la segunda mitad del siglo, fueron: *La Geografía de las lenguas* (1857/1864), de Manuel Orozco y Berra, y el *Cuadro descriptivo y comparativo de lenguas indígenas de México* (1862/1874), de Francisco Pimentel. En ambos casos, los resultados del trabajo de Nájera fueron la punta de lanza.

Al establecer una cronología del asentamiento de las naciones amerindias, Orozco y Berra retoma a Nájera para señalar que, por la naturaleza monosilábica de su lengua, el grupo othomí era más antiguo que el linaje azteca. Asimismo, utilizando lo dicho por Sahagún y a Nájera como fuente secundaria, hace notar que su escasa civilización se manifiesta en la fragmentación que presenta dicha lengua:

no es dulce como la tarasca, ni rica como la mexicana, ni suave como la huasteca; pues más bien es dura, seca, ingrata a la lengua y más al oído: todo lo de ella es rústico, vasto sin pulimento. El pueblo que lo hablaba era inculto, pasaba una vida pobre, casi silvestre, aun hoy dividido aquí y allí, desterrado de sus hogares por los españoles no ha cambiado su suerte.¹⁶

¹⁵ Citado por Robert Robins en *The History of Language Classification*, 1973, p. 9.

¹⁶ Orozco y Berra, 1864, p. 16-17.

Por otra parte, las conclusiones lingüísticas de Náxera fueron analizadas detenidamente por Francisco Pimentel, quien trajo a la mesa de discusión el uso de los términos de *parentesco*, *afinidad* y *analogía*, que estaban presentes en las primeras tipologías americanas. Pimentel no estuvo conforme con el planteamiento de que "existía parentesco entre las gramáticas china y othomí",¹⁷ porque a partir de una clara distinción de los términos se trataba de un caso de analogía más que de afinidad. Sin embargo, la comprobación, hecha por Náxera, de que existía una amplia gama de tipos morfológicos en las lenguas de México, permitieron que Pimentel avanzara sobre esta propuesta.

Los miembros de sociedades científicas de los Estados Unidos y de Europa fueron los interlocutores de los estudiosos mexicanos. Como partícipe de las inquietudes generales de este ambiente, Náxera quería contribuir a la respuesta de una interrogante común acerca del origen del hombre americano, entendida como una derivación particular de la especie humana;¹⁸ cuestión que a juicio de los especialistas debía resolverse con base en contundentes evidencias históricas, siendo la de mayor peso la comprobación de una filiación entre las lenguas. Por otra parte, desde una posición circunscrita al ambiente americano, Náxera compartía la idea de que una reivindicación de *lo americano*, incluida la amplia gama de razas que eran sustancia de las nuevas naciones independizadas, debía fundamentarse en la comprobación de la igualdad de las facultades racionales de todos sus ascendentes, siendo la estructura de sus respectivas lenguas la mejor de las evidencias.¹⁹

2. Manuel Crisóstomo Náxera: el othomí y la universalidad de la gramática

Hemos dicho ya que fray Manuel de San Juan Crisóstomo Náxera fue el primer estudioso mexicano que realizó un trabajo comparativo bajo los cánones de la incipiente ciencia filológica americana. Los fundamentos de esta disciplina fueron proporcionados por el

¹⁷ Francisco Pimentel 1874, t. 3, p. 395.

¹⁸ Robert Robins, *op. cit.*, nos remite a este punto de vista con las palabras de Thomas Jefferson, quien invita a construir una mejor evidencia sobre los orígenes de las tribus indias. Las observaciones de los miembros de las Sociedades Francesas se encuentran documentadas por Raúl Reissner en "La Sociedad Americana de Francia" y "La Sociedad de Antropología de París" 1988.

¹⁹ Un amplio panorama de los objetivos de la lingüística en Estados Unidos durante el siglo XIX lo presenta Julie Tetel Andresen, 1990.

descubrimiento de la relación genética entre el sánscrito y las lenguas clásicas europeas, por parte de sir William Jones (1746-1794), así como por los intentos de corroborar los principios de una gramática general, campo desarrollado principalmente por los filósofos franceses y, por último, por las decisivas influencias de los filólogos comparativistas alemanes.

Desde los albores del siglo XIX, el universo americano se había revelado particularmente atractivo para los filólogos, dada su ostensible diferencia estructural con las lenguas de origen europeo y las asiáticas.²⁰ Esta diferencia abría la posibilidad de explorar con mayor profundidad los estadios del lenguaje en general y la historicidad de las lenguas en particular. W. von Humboldt expresaba ya en 1812 cuáles eran los motivos para llevar a cabo una intensa investigación en el Nuevo Continente:

Aún en nuestros días, América reproduce esos interesantes fenómenos, que si nos fuera permitido examinar nos aclararían las cuestiones más importantes de la historia primitiva de las naciones y en cierta manera nos descubrirían el misterio de la formación de las lenguas.²¹

Crisóstomo Nájera se involucró con estos nuevos planteamientos en 1834, durante su estancia en los Estados Unidos, momento en el que se incorpora a la Sociedad Científica de Filadelfia. En esta corporación, Nájera compartió el entusiasmo de los filólogos norteamericanos y europeos, quienes estaban innovando en el estudio de las lenguas amerindias. Las tres obras de Nájera que manifiestan la actualidad de sus planteamientos y las maneras de analizar las lenguas son, en primer lugar, la *Disertación sobre la lengua Othomí* (1837-45), presentada y publicada por la S.F.F.; las *Observations critiques sur le chapitre XII du dernier volume de l'ouvrage intitulé: territoire de l'Oregon, des Californies et de la Mer Vermeille, exécutée pendant les années*

²⁰ La dicho por Alexander von Humboldt en tres lugares nos sirven para ilustrar el estado de la investigación en las dos primeras décadas del siglo. De una parte, su hermano Wilhelm en "Cartas a Abel Remusat" 1989: 94 lo cita para decir que "[muchos indicios lo conducen] a suponer que las naciones del Nuevo Continente son vestigios de un naufragio común". Por otra parte, J. Bushmann (1858) señala que uno de los incentivos del trabajo de A. Humboldt fue comprobar que las naciones americanas provenían del linaje hebreo. El mismo A. Humboldt en el *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* (1978: 53) cita a Bartholom Smith, miembro de la S.F.F. y autor de *New Views on the Origin of the tribes and nations in America* (1797), para asentar que "la analogía [entre las lenguas de la Tartaria y las del Nuevo Continente] sólo se verifica muy pocas veces".

²¹ Wilhelm von Humboldt, "Ensayo sobre las lenguas del Nuevo Continente" (1989: 40).

1840, 1841 et 1842, par Mr. Duflot de Mofras (1845) y la *Gramática de la lengua Tarasca* (1870-1875).²²

En la *Disertación sobre la lengua Othomí*, Nájera llevó a cabo un examen gramatical y léxico del idioma othomí y lo contrastó con las características de la lengua china. Luego de su análisis concluyó que, a pesar de las expectativas que tenía al iniciar su trabajo, no era posible aseverar que entre ambas lenguas existía una plena afinidad: aunque el chino y el othomí presentaran un tipo gramatical similar no podía comprobarse científicamente hasta ese momento que entre ellas existiera una indiscutible relación de parentesco.²³

Las conclusiones del trabajo hecho por el padre Nájera acerca del othomí pusieron en entredicho las hipótesis vigentes que habían ocupado la atención de los especialistas. La demostración de que la lengua othomí mantenía una estructura monosilábica limitaba las hipótesis generales que se habían hecho sobre las lenguas americanas en las corporaciones científicas. Junto con Albert Gallatin (1761) y John Pickering (1777-1846), Pierre Etienne Stephen Duponceau (1760-1844), presidente de la Sociedad Filosófica de Filadelfia, uno de los más reputados filólogos americanistas de principios del siglo, había mantenido la idea, expresada con anterioridad por John Edwards en 1777, de que, a pesar de que las lenguas de América del Norte no compartían muchas de sus palabras, su analogía era un hecho evidente y muy probablemente ellas eran meros dialectos de una lengua original.²⁴ Inspirado en esta idea de unidad y con base en el examen de un vasto acervo de materiales provenientes de otros autores, P. S. Duponceau publicó en 1819 su ensayo *Report on the General Character and Form of Languages of American Indian* y, casi veinte años después, ganó el premio Volney con su obra *Mémoire sur le système grammatical des langues de quelques nations indiennes de l'Amérique Septentrionale* (1838). En ella asentaba:

²² Francisco Pimentel 1874: t. 1, p. 59 y 82 señala que Nájera criticó severamente el escrito de Dulfot de Mofras. Este último autor había tomado por mexicano al huasteco y había hecho una interpretación errada de las lenguas de California. Nájera había notado la confusión entre los nombres de lengua y los nombres de la tribu al decir: "si Horacio llamó *biéngüe* a una población de Italia, nosotros llamaremos *polínombrados* a los Californianos a causa de la multitud de nombres que se les ha dado a cada tribu y a sus lenguas".

²³ Adelung, en el *Mithridates*, había dicho que "la lengua de los othomíes se hace notable por el monosilabismo o al menos por la brevedad de la mayor parte de sus palabras, por su duración y su aspiración". Citado por Pimentel (*op. cit.* t. III, 394). De otra parte, Hervás (1800: 308-309), consideró al othomí como lengua matriz y, retomando lo dicho por Herrera en *Décadas Indias*, dijo: "basta para conocer que se asemeja mucho al chino, en variar la significación de las palabras, con el acento vario de sus sílabas, por lo que la gramática othomite se debe escribir como se escribe la china".

²⁴ Véase Konrad Koerner, "Toward a history of americanist linguistics" 1989, 1-14).

El carácter general de las lenguas americanas consiste en que ellas reúnen un gran número de ideas bajo la forma de una sola palabra; esto hace que los filólogos americanos las llamen lenguas polisintéticas. Este nombre conviene a todas (al menos a las que nosotros conocemos) desde Groenlandia hasta Chile, ya que nosotros no hemos descubierto una sola excepción, de tal suerte que nosotros nos creemos en el derecho de presumir que no existe.²⁵

Luego del trabajo de Nájera, en el que su autor señaló que la lengua othomí carecía de flexión y que su estructura gramatical era de la misma clase que la del idioma chino, Duponceau tuvo que restringir su aseveración genérica del tipo único o genio polisintético con el que caracterizaba a las lenguas americanas.²⁶ Las conclusiones de Nájera fueron corregidas posteriormente por Francisco Pimentel, Hyacinte de Charencey y otros especialistas de la S.F.F.²⁷ sin embargo, su propuesta fue decisiva y muy pertinente en su tiempo, sobre todo porque dejaba sin clausurar la pregunta inicial de la filología americana acerca del número de tipos gramaticales —o número de lenguas matrices como las llamaba Lorenzo Hervás— que existían en el Continente. Esta pregunta no sólo era importante para la filología sino que estaba en estrecha relación con las posibles hipótesis sobre el origen y derivación de los pueblos americanos.

Los descubrimientos de William Jones y los de John Edwards habían puesto de manifiesto que el prototipo lingüístico era una condición *sine qua non* para poder establecer una ascendencia común.²⁸ En los primeros intentos por establecer una clasificación genética de carácter comparativo aún se mantenían vigentes las ideas de los enciclopedistas franceses acerca del papel decisivo de

²⁵ Citado por Mary R. Haas (1969: 240).

²⁶ Robert H. Robins, "Duponceau and early nineteenth century linguistics", 1987.

²⁷ El interés por esta semejanza se manifestó en La *Revista Oriental y Americana*, publicación francesa dirigida por León de Rosny, que imprimió la *Gramática* de Neve y Molina junto con el trabajo de Nájera. Más tarde H. Charencey señaló al respecto que "al menos, bajo una relación lexicográfica, existe un cierto grado de afinidad que no se puede atribuir razonablemente al azar". Con base en las críticas propias y las de Albert Gallatin, Pimentel (1874: t. III, 396 y 397) prefirió llamar al othomí lengua cuasi-monosilábica.

²⁸ Emile Benveniste (1973: 99-117) señala que "la clasificación genética también es tipológica; en efecto, las identificaciones materiales entre las formas y los elementos de las formas —identificaciones que son objeto de la lingüística histórica— acaban por definir una estructura formal y gramatical propia de la familia definida. Hasta se ha llegado a preguntar si, en sentido inverso, no podría fundarse una clasificación genética en los solos criterios tipológicos [...] La respuesta debe tener matices; parece evidente que los conceptos de parentesco genético y parentesco tipológico son independientes, aunque en realidad, con frecuencia se encuentran superpuestos; en otros términos, el parentesco de estructura puede ser resultado de un origen común, pero también puede realizarse de manera independiente en varias lenguas, fuera de toda relación genética".

la sintaxis, “la manera de emplear las palabras” o genio principal de la lengua, para demostrar la existencia de una relación de parentesco entre las lenguas.²⁹ Así también lo expresaba W. Jones, quien, por ejemplo, a pesar de la abrumadora evidencia etimológica, se negaba a aceptar la descendencia lineal del moderno hindú a partir del sánscrito, porque se trataba de diferencias tipológicas.³⁰

Por su parte, los especialistas en lenguas americanas reconocían abiertamente que no era posible aplicar indistintamente los procedimientos inductivos del método histórico o genético a este universo; procedimientos con los que Franz Bopp, Jacob Grimm y Rasmus Rask estaban intentando reconstruir el universo indoeuropeo para llegar a conocer, en última instancia, la lengua primitiva. Esta imposibilidad se debía fundamentalmente a la ausencia de una literatura antigua sobre la cual observar y comprobar los cambios ocurridos en las formas de las lenguas de América. Los textos amerindios más antiguos escritos en letra latina no excedían de los trescientos años y, por lo tanto, no había registro sobre el cual basarse para hacer hipótesis acerca de los estados de lengua anteriores y, menos aún, para detectar las transformaciones y derivaciones de supuestas lenguas originales. En consecuencia, la única manera de iniciar el trabajo sobre América era a partir de una clasificación tipológica que era necesario elaborar.

La propuesta de J. Edwards y S. Duponceau se podía traducir fácilmente en una hipótesis que avalara la común ascendencia de todos los pueblos amerindios. Un poco antes que Duponceau, a partir de la idea bíblica de los tres principales linajes —Shem, Jam y Jafet—, y sin menoscabo de la idea de una especificidad estructural americana, Wilhem von Humboldt apuntó la siguiente hipótesis sobre los primeros hombres del Continente:

de que es uno el mismo sistema de conjugar los verbos en todas las lenguas americanas, circunstancia que prueba el que todas ellas se amoldan a una lengua antigua, que floreció en el continente, antes de que a él vinieran los Indios.³¹

Náxera se opuso a esta última hipótesis, porque no era científica,

²⁹ Cf. Robert Robins, *loc. cit.*, quien señala que en la Enciclopedia francesa, Diderot y D’Alambert (1772) habían hecho una primera distinción tipológica. De una parte presentaban las lenguas analógicas, aquellas con una mayor relevancia morfológica y orden de palabra análogo al del pensamiento y, por otro lado estaban las lenguas transpositivas, que presentan un buen número de diferencias en la forma flexiva de las palabras.

³⁰ Robert Robins, *ibidem*.

³¹ Citado por Crisóstomo Náxera, *op. cit.*, p. 40.

ya que a su juicio no presentaba datos suficientes sobre la anatomía de cada una de las lenguas americanas: como fundamento para su desacuerdo, ¡qué mejor contraejemplo que el othomí! Se trataba de una lengua cuya naturaleza se oponía totalmente a la descripción de Wilhem von Humboldt y de S. Duponceau. Sin embargo, no era suficiente demostrar que la lengua othomí tuviera una forma radicalmente distinta al prototipo de las lenguas americanas —polisintético para Duponceau o incorporante como lo denominó Wilhem von Humboldt— sino que era necesario compararla con otras lenguas existentes fuera del Continente que presentaran similares características tipológicas.

Eran varios los retos que se presentaban al contrastar el othomí con el idioma chino: por una parte, comprobar de manera científica una relación de parentesco con las lenguas del continente asiático, relación que era sugerida por el hecho de compartir un mismo prototipo. Por otra parte, el contraste tenía como propósito comprobar la mayor antigüedad del othomí con respecto a las otras lenguas de México, mismas que habían sido incluidas dentro del tipo polisintético. Esta última comprobación podía hacerse a partir de la idea de que un monosilabismo como el del othomí representaba el extremo inicial de una secuencia progresiva en el desarrollo de las potencialidades del lenguaje humano, el cual tendía a derivar hacia los otros tipos gramaticales, hacia la síntesis y, ulteriormente, hacia la polisíntesis.³² El paralelo entre el othomí y el chino demostraba que en México existía una gama de tipos morfológicos que de ninguna manera era compatible con la hipótesis de un origen único.

Además de las preocupaciones con respecto al lugar del othomí en el marco de las lenguas de México, el estudio contrastivo del othomí frente al chino presentaba la ventaja de comparar las características de dos lenguas de un mismo tipo gramatical en el marco de un planteamiento más general sobre el funcionamiento del lenguaje. Esto significaba, que, desde un punto de vista evolutivo, existía la posibilidad de determinar cuáles eran las características y los artificios gramaticales comunes a estas dos lenguas, que, aunque distantes geográficamente, correspondían a una misma época o un

³² Davies Murgpurgo (1975), al igual que R. Robins (1973), considera que, no obstante las pretensiones naturalistas y ahistóricas de las primeras clasificaciones tipológicas, como las de los hermanos Schlegel, éstas procuraron siempre tener un valor genealógico. Por lo tanto no puede decirse que W. von Humboldt fuera el introductor de esta interpretación glotónica.

estado incipiente en la formación del lenguaje.³³ En cambio, desde el punto de vista de los ideólogos franceses, el contraste sería provechoso si la semejanza en el tipo permitía determinar la existencia de semejanzas en las ideas contenidas por las palabras.³⁴

Las dos modalidades en el análisis de las lenguas —estudiar la variedad en el marco atemporal de una *Gramática General* y estudiar la variedad en el marco de una propuesta gramatical de carácter histórico— constituían las direcciones sobre las cuales se estaba investigando el universo americano. La filología que se desarrollaba en el seno de la Sociedad Filosófica de Filadelfia, con Duponceau a la cabeza, había hecho suyas las propuestas de dos tradiciones gramaticales europeas: por una parte, estaban presentes las teorías de Condillac, continuadas por los ideólogos franceses y, por la otra, con el mismo peso, se encontraban en discusión las propuestas de Wilhem von Humboldt.

La meta de la Gramática General buscaba determinar las condiciones universales de la construcción del enunciado. La Gramática General, el estudio de 'la mente humana, la razón, igualmente distribuida en la humanidad' (*l'esprit humain, la raison pareillement distribuée en chaque homme*), era el distintivo del seguimiento atemporal... En contraste, la explicación histórica, característica de Humboldt y el siglo XIX, que buscaba explicar la manera en que se desarrolla la originalidad y la individualidad [...] Humboldt remplace el frío racionalismo con fuego: actividad, fuego individual.³⁵

Para referirse al chino, Nájera retoma el texto de Abel Rémusat (1788-1832),³⁶ *Éléments de la Grammaire Chinoise* (1822) y, como fuente de información para explicar la gramática de la lengua othomí,

³³ W. von Humboldt, "Ensayo..." (*loc. cit.*, p. 43), señala que los estudios sobre las lenguas americanas "nos descubren, por sorprendentes analogías con idiomas poco cultivados de Europa, que ciertas particularidades gramaticales no tienen necesidad de ser transmitidas de una nación a otra en que esas lenguas nacieron, sino son tan solo la época en que se detuvo la formación".

³⁴ Cfr. Robert Robins (*loc. cit.*, p. 439) "Duponceau se declara de acuerdo con el punto de vista general de que el chino representa un tipo primitivo de lengua, pero él también estuvo inclinado a ver algunos rasgos originales en ciertas lenguas indias americanas".

³⁵ Cf. Julie Tetel Andresen, *op. cit.*, p. 73.

³⁶ Abel Rémusat había sido profesor de chino en el Colegio de Francia a partir 1814 y mantuvo una estrecha relación con W. von Humboldt. Para Rémusat, el idioma chino sólo tiene palabras monosilábicas, no utiliza afijos y no conoce alternancias vocálicas. En cuanto al orden de los signos, éste tiene por sí sólo un valor morfológico y sintáctico.

utiliza las *Reglas de ortografía, Diccionario y Arte del Idioma Othomi*, escrita por Luis de Neve y Molina y el *Vocabulario* de Joaquín López Yepez.³⁷ En su análisis hace uso de los procedimientos que Duponceau había establecido para la comparación: primero explica la *fonología*, después la *etimología* y, por último, la *ideología*.³⁸ Con respecto a la *fonología* hace notar las limitaciones que presentaban los sistemas de escritura latinos, hebreos y griegos para la transcripción de las particularidades de las vocales y de las consonantes de la lengua othomí, mismas que en buena medida se reflejaban en las transcripciones hechas por Neve y sus antecesores, lo que no había permitido conocer su verdadera pronunciación. En consecuencia, recomienda que, en el futuro, los trabajos reparen en una ortología que de cuenta de manera satisfactoria de las particularidades de los tonos.³⁹

A partir de una concepción basada en los principios de la Gramática General, que se negaba tajantemente a subordinarse a las pautas de la gramática latina, tal y como se habían expresado en los trabajos recientes sobre las lenguas indias y los del período colonial, Nájera explicó, en un segundo momento, la composición de la palabra en la lengua othomí, misma que define básicamente como monosilábica:

Puesto que en ella [la lengua othomí] no hay una sílaba que no sea un signo, y signo no indicante, sino significativo de una idea, si exceptuamos aquel corto número de partículas, a las que dimos el nombre de vacías.⁴⁰

En un apartado describió las características del sustantivo, del adjetivo y del verbo, así como las de las partículas que los acompañan, para determinar su función; tuvo siempre en mente la descripción que Rémusat hizo sobre los mismos elementos y las funciones

³⁷ El *Catecismo y Declaración de la Doctrina Cristiana en lengua othomí, con un vocabulario en el mismo idioma*, obra de J. López Yepez, se reeditó en México en 1826.

³⁸ En el *Ensayo* (1825), S. Duponceau señaló que las partes constitutivas de la filología eran: la *fonología*, el estudio de los sonidos del habla y su representación gráfica, la cual tiende hacia un alfabeto universal; *etimología*, la comparación principalmente histórica de las formas de las palabras, por la cual las afinidades de las lenguas pueden ser establecidas; y la *ideología*, la cual incluye "en su vasto entendimiento" las variadas formas, estructuras y sistemas del lenguaje y el significado o sentido por el cual los diferentes grupos exponen las ideas del conocimiento humano. Véase R. Robins, "Duponceau...", *loc. cit.*, p. 437.

³⁹ Al igual que Hervás, C. Nájera (*op. cit.*, p. 29) sugiere la posibilidad de utilizar una escritura como la china, dadas las limitaciones de los otros sistemas para dar cuenta de los tonos en el othomí.

⁴⁰ C. Nájera, *ibidem*, p. 47.

que desempeñaban en la lengua china. Nájera explicó un buen número de las excepciones a la regla general del monosilabismo en la lengua othomí como consecuencias de la corrupción y la decadencia de las formas primitivas y de las variedades elegantes. Estas degeneraciones del tipo original eran efecto del contacto con otras lenguas, en este caso el mexicano, el huasteco y el español, por lo que, aseguró, las formas más antiguas, muchas de ellas aún vigentes, siempre manifestaban claramente una estructura monosilábica:

mientras más se medita en la Gramática de Neve [...], tanto más se convence uno, de lo que la lengua está diciendo a gritos: soy monosilábica.⁴¹

En tercer lugar trató de la *ideología*, es decir, intentó explicar la riqueza o pobreza de los procedimientos y los artificios gramaticales de que se había valido la lengua othomí para expresar las ideas universales de tiempo, modo, número y en qué consistían estas ideas.⁴² Como evidencia de ello, Nájera reconstruyó la trayectoria de la manifestación de estas ideas en la estructura del verbo:

Tres estados debemos considerar en ellos [los verbos]: el primero, cuando no había diferencias gramaticales, para separar los modos y personas: el segundo, cuando se formaron los verbos con el auxilio de otros en el imperativo; el tercero, cuando adoptaron aquel modo de conjugar los verbos, que sin dejar el antiguo en muchas ocasiones, aun conservan á la presente.⁴³

Nájera señaló la singularidad del genio de la lengua othomí con respecto a las lenguas tarasca, mexicana, cora, huasteca, tarahumara, la zapoteca y matlatzinca. Luego de comprobar la singularidad gramatical y de los signos de estas lenguas desechó cualquier posible hipótesis de que el othomí proviniera de las otras lenguas de México. El principal argumento a su favor era que todas ellas eran sintéticas o, más bien, polisintéticas,⁴⁴ y que no estaba en la naturaleza de las lenguas monosilábicas, como el othomí, el que derivaran

⁴¹ C. Nájera, *ibidem*, p. 47.

⁴² También estaba presente la inspección y la comprobación de que compartían la idea y la palabra de Dios.

⁴³ C. Nájera, *ibidem*, p. 44.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 73. Nájera define a estas lenguas como polisintéticas porque "no sólo se componen de muchas sílabas que sólo unidas tienen significado, sino que son fecundas en su desinencia, y son ricas en partículas que anteceden, ó siguen, ó cortan las palabras, para en ellas intercalarse".

de otras formas de composición más complejas.⁴⁵ La otra evidencia contundente que hacía caer la hipótesis de una posible relación de parentesco entre el othomí y las lenguas antes mencionadas consistió en la demostración de que su respectivo sistema de numeración era del todo distinto:

No la tienen [concordia] en los números. Ni tampoco la recibieron de los Mexicanos ni de los Huastecos. Qué hay en esto no lo sé, quizá multiplicando mis investigaciones llegaré a alcanzarlo, y lo diré en otra vez.⁴⁶

Al dar cuenta del mismo punto con respecto a la lengua china concluyó:

el othomí conserva la unidad en el sistema gramatical y muy semejante á la china, y solo en los nombres numerales mendigó otra.⁴⁷

Estas conclusiones a las que llegó lo llevaron a reconocer que, a pesar de lo acertado de su señalamiento inicial a favor de la semejanza tipológica entre la lengua china y la lengua othomí, esta semejanza no podía caracterizarse plenamente como una marca plena de afinidad. La principal limitante para ello era la discordancia en su respectivo vocabulario básico y, en este campo particular, la falta de correspondencia en el sistema de numeración, correspondencia que, para la tipología de la época, era condición *sine qua non* para establecer una relación genética.⁴⁸ A lo largo de sus trabajos en América y en Asia, Duponceau había destacado que la semejanza léxica y, en particular, entre las palabras numerales eran las "huellas indudables de una misma lengua".⁴⁹

⁴⁵ *Ibidem*, p. 46.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 86.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 140.

⁴⁸ Emile Benveniste (*op. cit.*, p. 101) señala que uno de los argumentos de mayor peso para establecer la unidad del indoeuropeo ha sido la semejanza de los numerales, que siguen reconocibles después de 25 siglos. Pero la estabilidad de estos nombres deriva por ventura de las causas específicas, tales como el desenvolvimiento de la actividad económica y los intercambios que se aprecian desde fechas muy remotas, antes que por razones "naturales" y universales.

⁴⁹ R. Robins, "Duponceau...", *loc. cit.*, p. 441.

3. *La idea de Náxera sobre la importancia de los estudios filológicos*

En su *Disertación*, Náxera cita la célebre frase de Horne Tooke, "Languages do no lie" (las lenguas no mienten) para justificar la importancia de su trabajo en los tres ámbitos que, a su juicio, eran de su competencia: la religión, la patria y la humanidad.⁵⁰ Desde el punto de vista de Náxera, la ciencia filológica que comenzaba a despegar en el siglo XIX abría nuevos horizontes para describir a los hombres originarios de América con una perspectiva científica, libre de "especulaciones filosóficas" y de juicios históricos sin fundamento, a los que llamaba fábulas, y que habían afectado profunda e indistintamente la imagen de lo americano ante el mundo.

Náxera sabía que los comentarios negativos hacia las lenguas americanas, hechos por los filósofos del Siglo de las Luces y por los escritores contemporáneos, no eran solamente juicios que trataran de demostrar que en el Nuevo Continente hubo una menor civilización, sino que, con sus caracterizaciones de estas lenguas como lenguas pobres, lenguas sin escritura, lenguas de gesto y voz, lenguas ininteligibles, estaban negando, en última instancia, la racionalidad de los indios americanos y, con ello, su pertenencia cabal al género humano.⁵¹ Al escribir su *Disertación sobre la lengua othomí*, Náxera tenía en mente enfrentar una *doxa*:

Si en los escritos filológicos, publicados en Inglaterra y en el Norte, hubiera yo encontrado solamente, esa falta de noticias sobre nuestras lenguas, tal vez, ó no hubiera yo escrito, o si lo hubiera hecho, sin duda hubiera adoptado otro plan; más en algunos se aseguraba, que las lenguas de nuestro continente, eran gerigonzas (*jargons*), indignas de llamar la atención de un filósofo; en otros se quería que todas fueran dialectos de unas cuantas, que entre sí gozaban de un estrecho parentesco; en no pocos, por el contrario, se pretendía que cada uno de los idiomas, que era conocido por un nombre particular, fuese en todo y totalmente diverso a los demás.⁵²

La posición de Náxera coincidía con la de los humanistas criollos, en particular con el punto de vista del abate Francisco Clavijero, quien señalaba que los grupos Mexicano y Tarasco alcanzaron el más alto grado de civilización en el México prehispánico. Náxera

⁵⁰ C. Náxera, *ibidem*, p. 52.

⁵¹ Cf. Julie Tetel Andresen, *op. cit.*, p. 88 y 89.

⁵² C. Náxera, *ibidem*, p. IV.

estaba de acuerdo con que esta condición de civilización se manifestaba ostensiblemente en las *Artes* y los *Vocabularios*, textos escritos por los misioneros en donde plasmaron la forma y contenido de las lenguas en toda su riqueza y pureza. Sin embargo, la defensa de lo americano implicaba la demostración de que los otros grupos amerindios, aquéllos que no satisfacían una definición positiva de civilización, también contaban con una lengua completa y capaz de satisfacer plenamente la función universal del pensamiento, que era la de plasmar las ideas. Para Nájera, las lenguas bárbaras americanas eran signos organizados bajo los principios de un sistema gramatical y esto no era argumento para defender la existencia de un determinado grado de civilización, como tampoco lo era la abundancia de palabras, sino que demostraba ser un soporte digno de la razón.

Nájera compartía los esquemas y las deducciones de la filología de su época: por una parte, aceptaba la escala evolutiva de la filología alemana, lo que le permitía aseverar que la lengua othomí participaba de un tipo que correspondía a una época muy remota en la formación del lenguaje. Asimismo compartía los postulados de los filósofos franceses y, en consonancia con ellos, consideraba que el plan de ideas de la lengua othomí representaba una forma particular explicable a partir de una Gramática General. Sin embargo, planteó un desacuerdo fundamental respecto de la manera y parcialidad con que se había descrito la variedad del universo americano. Para él, el estudio de la diversidad de lenguas permitía defender y comprobar que había una unidad fundamental, la razón, de la cual no estaban exentos los indios.

BIBLIOGRAFÍA

ALAMÁN, Lucas y Francisco Lerdo de Tejada.

Noticia de la vida y escritos del reverendo padre Fray Manuel Crisóstomo de apellido Nájera, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1854.

ANDRESEN, Julie Tetel.

Linguistics in América 1769-1924, Londres y Nueva York, Routledge, 1990.

AUROUX, Sylvain.

A Revolução tecnologica da gramatização. Sao Paulo, Brasil. Editorial Unicamp, 1992.

"The first Users of the French word *linguistique* (1812-1880)", Hans Aarsleff, Louis Kelly, and Hans-Josef Niederehe (comp.), *Papers in The history of linguistics*, Studies in the Theory and History of Linguistic Science; Amsterdam, John Benjamins, 1987, Serie III, v. 38, p 447-459.

BENVENISTE, Emile.

"La clasificación de las lenguas", *Problemas de Lingüística General*, México, Siglo XXI, 1973.

BUSHMANN, J. C.

"De los nombres de los lugares aztecas", traducido del alemán por Oloardo Hassley, catedrático del Colegio Nacional de Minería, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 1858, 1a. época, t. VIII.

CLAVIJERO, Francisco Xavier.

Historia Antigua de México, México, Porrúa, 1987.

COSERIU, Eugenio.

"Sobre la Tipología Lingüística de Wilhelm von Humboldt", *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1977.

DUBLÁN, Manuel y José Ma. Lozano.

Legislación Mexicana: Colección completa de las legislaciones desde la independencia de la República, 19 v., México, 1876.

Diccionario Porrúa. Historia, Biografías y Geografía de México. México, Porrúa, 1986.

GUZMÁN Ignacio.

"Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Náxera (1803-1853), primer lingüista mexicano", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, 1990, no. 20.

HAAS, Mary R.

"Grammar or lexicon? The american indian side of the question from Duponceau to Powell", *International Journal of American Linguistics*, 1969, n. 35.

HERVÁS Y PANDURO, Lorenzo de.

Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y numeración, división y clase de estas según la diversidad de idiomas y sus dialectos, (Lenguas y Naciones Americanas), Madrid, Librería de Ranz, 1800. v. I.

HUMBOLDT, Alejandro von.

Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España, México, Porrúa, 1978.

HUMBOLDT, Wilhelm von.

"Cartas a Abel Remusat sobre las formulas gramaticales (1825-1826)", en Alonso Cortés (comp.), *Lecturas de Lingüística*, Madrid, Cátedra, 1989.

-, "Ensayo sobre las lenguas del Nuevo Continente (1812)", en Alonso Cortés (comp.), *Lecturas de lingüística*, Madrid, Cátedra, 1989.

HYMES, Dell.

"Traditions and paradigms", Dell Hymes (comp.), *Studies in History of Linguistics. Traditions and Paradigms*, Bloomington/Londres, Indiana University Press, 1974

KOERNER, Konrad.

"Toward a history of americanist linguistics", William Cpwan & Albert D. DeBlois (eds), *Vigtieme Congres des Algonquinistes/Twentieth Annual Algonquian Conference*, Ottawa, Carleton University 1989.

MURGPURGO, Davies.

"Language Classification in the nineteen Century", Thomas Sebeok (comp), *Current trends Current Trends in Linguistics*, La Haya-París, Mouton, 1975, v. 13.

NÁXERA, Manuel Crisóstomo.

Disertación sobre la lengua othomi. Leída en Latín en la Sociedad Filosófica de Filadelfia y publicada de su orden en el tomo 5 de la nueva serie de sus actas; traducida al castellano por su autor, individuo de varias Sociedades Literarias. Publicase por orden del presidente de la República. México, Imprenta del Aguila, 1845.

O'GORMAN, Edmundo.

Meditaciones sobre el criollismo. México, Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 1970.

OROZCO Y BERRA, Manuel

Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México. Precedidas de un ensayo de clasificación de las mismas lenguas y de apuntes para las inmigraciones de las tribus, México, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1864. 2a. ed. 1874.

PIMENTEL, Francisco.

Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México ó Tratado de filología Mexicana. Segunda edición única y completa, México, Tipografía de Isidro Epstein, 1874.

REISSNER, Raúl.

“La Sociedad Americana de Francia” y “La Sociedad de Antropología de París”, en Carlos García Mora (comp.), *La Antropología en México*, INAH, 1988, t. VIII.

ROBINS, Robert.

The History of Language Classification, en Thomas Sebeok (comp.), *Current Trends in Linguistics*, vol. 11 (*Diachronic, areal and typological linguistics*), La Haya-París, Mouton, 1973.

“Duponceau and early nineteen century linguistics”, *Papers in History of language science*, Filadelfia-París-Amsterdam, John Benjamins, 1987, n. 38.

ROSSEAU, Jean-Jacques.

Ensayo sobre el origen de las lenguas, Buenos Aires, Ediciones Calden, 1970.

SOSA, Francisco.

Biografías de Mexicanos Distinguidos, México, Porrúa, 1985.